

Provocaciones y preparativos bélicos

Mientras en Chile se prorroga el estado de emergencia, con el consabido pretexto de la "subversión comunista", que se invoca cada vez que se observan indicios de impaciencia y de rebeldía en los sectores populares, fuera de la ya rutinaria repetición del gastado estribillo en cada aniversario del derrocamiento de Allende, el gobierno de Pinochet busca afanosamente otros justificativos más para sus propósitos de perpetuarse en el poder y distraer la atención del pueblo de sus verdaderos problemas.

Así, por ejemplo, para evitar que las protestas de los trabajadores mineros contra el alto costo de la vida y las medidas de excepción decretadas por la dictadura —en franca violación del derecho laboral reconocido por la Constitución Política del Estado, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la Declaración Americana sobre Deberes y Derechos del Hombre, la Carta y los acuerdos fundamentales de la Organización Internacional del Trabajo (OIT)—, se propaguen a otras áreas industriales; y con la finalidad de eludir el juicio de la opinión pública sobre sus responsabilidades en los crímenes cometidos del 11 de septiembre de 1973 a la fecha, como el asesinato de Orlando Letelier, el régimen advierte sobre la necesidad de cerrar filas en torno a Pinochet para defender a Chile de supuestos peligros internos y externos.

La conspiración del extremismo comunista, según el gobierno, es la mayor amenaza interna, por lo que se justificaría la represión de la que son víctimas todos los opositores señalados con ese rótulo, comprendidos no sólo los militantes de partidos de izquierda sino también los radicales afiliados a la socialdemocracia y los demócrata cristianos así como los disidentes más cautos, como son algunos pequeños empresarios lesionados en sus intereses por la competencia de las compañías extranjeras y la política de privilegios que otorga el régimen militar en favor del capital monopolista

norteamericano, principalmente. No se han salvado de las acusaciones de la dictadura aquellos representantes de la Iglesia Católica que alegan por los derechos humanos ni las madres y esposas que reclaman por sus seres queridos, que han desaparecido en las cárceles durante los últimos cinco años.

Pero la amenaza externa es, de acuerdo con el espíritu chauvinista tan exaltado de la derecha y del que no se pueden sustraer, tampoco, algunos personajes de la izquierda —porque pesa mucho el orgullo de las victorias militares en la historia de Chile, dado que, según decía el ministro chileno Abraham König en 1901: "La victoria es la suprema ley de las naciones"—, la que entraña un peligro tal, que obliga a todos los chilenos, según el criterio oficial, dar su apoyo a Pinochet para defender la "integridad territorial" y procurar nuevas conquistas, avanzando resueltamente hacia el Océano Atlántico y el altiplano andino. Dentro de este contexto, el militarismo chileno asume una iniciativa históricamente falsa y peligrosa, porque crea una situación conflictiva en el Cono Sur, pero intenta asegurar su estabilidad interna en nombre del destino de Chile, para que nadie se oponga a su perpetuación ni a sus proyectos expansionistas, porque hacerlo significaría —dentro de las circunstancias creadas por las provocaciones de la dictadura—, ir en contra de los intereses de Chile.

Resulta interesante observar que las críticas del O Estado do Sao Paulo a la Argentina, en relación al diferendo con Chile sobre el Canal de Beagle, reflejan la línea que tradicionalmente ha seguido el Brasil, desde el siglo pasado, con el fin de encontrar apoyo en Chile, desde el Pacífico y la región austral, para su estrategia de expansión territorial y de hegemonía en el área. No es fácil asegurar, empero, que son equivocadas las hipótesis de solución bélica, porque la industria militar brasileña se beneficia con la carrera armamentista de Chile, un país poco menos que militarizado a la

fecha y con una conscripción militar obligatoria que se aumenta cada año, inclusive, movilizándolo a los reservistas, en un virtual estado prebélico.

Que una guerra entre Argentina y Chile arrastraría a otros países al conflicto, como señala el citado diario paulista, no cabe la menor duda. Y es que debemos entender la nota como una advertencia del Brasil, cuyos planes sobre la Cuenca del Plata y los países vecinos son de sobra conocidos. En Bolivia no hay duda de que en caso de una nueva agresión chilena, el Brasil actuaría en la retaguardia, directamente o por intermedio del Paraguay, sobre la zona petrolera del sudeste boliviano. Alarmó, por ello, el que recientemente los campesinos de la provincia Daniel Campos del Departamento de Potosí, hayan denunciado que fuerzas chilenas penetraron en territorio boliviano por el paso de Anko-Apacheta, movieron un hito fronterizo y minaron el sector. Las autoridades militares calificaron como falsa la noticia en La Paz, señalando que el gobierno controla la situación, pero no respondieron al clamor de los campesinos y de todo el pueblo, para que las Fuerzas Armadas se restituyan a sus funciones específicas de vigilar y defender las fronteras.

Sin embargo, a pesar de la cautela diplomática y de las ambiguas declaraciones oficiales, en el transcurso de la realidad los países del Cono Sur se encuentran viviendo en una peligrosa situación de preparativos bélicos. Y lo más grave es que no hay una perspectiva de solución distinta, no obstante de todos los pueblos son de vocación pacifista, porque la ocupación de islas en litigio en la zona antártica y el despliegue militar en la frontera con Bolivia, constituyen peligrosas provocaciones de Pinochet que amenazan la paz y la soberanía de las naciones de América Latina, por las proyecciones que entraña su tácita alianza con el Brasil, como reflejo de una estrategia global de dominación imperialista de la región.